

Guerra de los Treinta Años

(1618-1648)

Ángel Luís Domínguez

*The Thirty Years War began in 1618.
It started as a religious war-Catholics against Protestants.
But in their relentless pursuit of power,
Princes of both faiths changes sides as it suited them,
And in the name of religion butchered Europe.*

“The Last Valley” film.

*La guerra de los treinta años comenzó en 1618.
Empezó como una guerra religiosa- Católicos contra Protestantes.
Pero en su búsqueda incesante de poder,
Príncipes de ambas facciones cambiaron de lado según les convenía,
Y en nombre de la religión masacraron Europa.*

Película “El Último Valle”

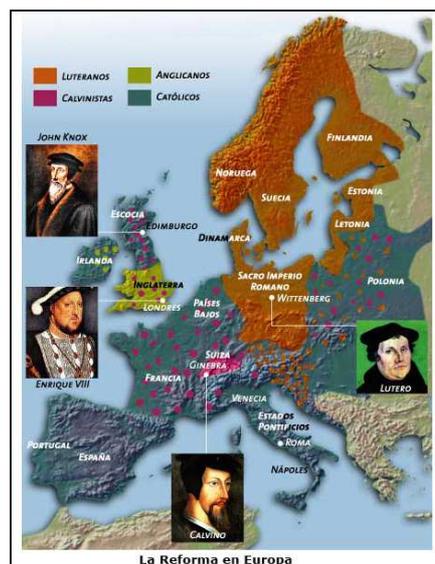
Los odios religiosos, que llevaban encendidos casi un siglo, estallaron a partir de 1618 en el conflicto bélico conocido como Guerra de los Treinta Años. Tuvo su epicentro en Alemania, pero los contendientes no fueron sólo alemanes, afectando de un bando al rey de España y el Emperador Alemán y de otro a Francia, Suecia, Provincias Unidas, Dinamarca y los Príncipes protestantes alemanes, por lo que esta guerra es considerada por algunos como la primera guerra mundial, si bien tuvo características de guerra civil en la propia Alemania. Muchas cuestiones larvadas desde hacía años explotaron en este conflicto de larga duración y grandes pérdidas humanas y materiales, con episodios de extrema crueldad y violencia y efectos devastadores, cuyas consecuencias reordenaron el mapa político y geográfico de Europa y desterraron para siempre, al menos hasta nuestros días, la religión como motivo de beligerancia entre las personas y los países.

ANTECEDENTES

En historia no se puede concluir que un hecho ocurrido haya sido motivado por una única razón. Pero en el caso de la Guerra de los Treinta Años existe el extendido consenso de que la causa fundamental fue, en sus comienzos, la religión. Cien años antes, a principios del siglo XV, los escándalos económicos y morales y la opulencia de que hacía gala la Iglesia Católica motivaron que un agustino llamado Martín Lutero clavara literalmente sus 95 estipulaciones para la reforma de la Iglesia en las puertas de la catedral de Witterberg, dando origen al protestantismo y al nacimiento de una serie de religiones que si algo tenían en común era el intento de quitar protagonismo a la Iglesia Católica y por tanto ser anti-papistas, esto es, enfrentarse frontalmente a la religión católica representada en el papa de Roma, que hasta esos momentos y desde hacía varios siglos había regido los destinos del mundo no solo en el plano religioso, sino también político. Luteranos, calvinistas y anglicanos, y en menor medida ortodoxos, planteaban sin tapujos su rechazo frontal a las teorías básicas del catolicismo.

En 1545, el papa Paulo III convocó el Concilio de Trento, que se prolongó a lo largo de dieciocho años, sentó las bases para la renovación del cristianismo católico y dio origen a lo que se ha dado en llamar la Contrarreforma, que acabaría justo con el final de la Guerra de los Treinta Años, en que cómo se verá en el apartado de consecuencias del presente texto, la religión dejó de ser objeto de controversia entre personas y estados hasta nuestros días.

Pero siendo un elemento básico el trasfondo religioso, otros aspectos fueron creando un caldo de cultivo propicio para el estallido de la contienda. A mediados del siglo XVI, el emperador Carlos V de Alemania, Carlos I de España, y los príncipes alemanes, alrededor de 360, habían firmado en 1555 la frágil Paz de Augsburgo, un acuerdo por el que se establecía que los príncipes podían elegir libremente la religión, luteranismo o catolicismo, en sus territorios de acuerdo con su conciencia. Era el principio conocido como *"cuius regio eius religio"*. Por otro lado, los luteranos que viviesen en un estado eclesiástico, bajo el control de un obispo, podían continuar siendo luteranos y mantener el territorio que habían tomado a la Iglesia Católica, mientras que los obispos de la Iglesia Católica, que se convirtiesen al luteranismo tenían que entregar su diócesis.



Esta tensa situación religiosa ponía a prueba la paz conseguida en Augsburgo en cada sucesión de un principado eclesiástico: las guerras de Aquisgrán (1593-1598), de Colonia (1600) y de Estrasburgo (1592-1604) enfrentaron a católicos y protestantes. En muchos lugares de Alemania se destruyeron iglesias protestantes y se impusieron limitaciones a la tan duramente negociada libertad de culto y los oficiales del emperador convirtieron el Tratado de Augsburgo en la base de un resurgimiento general del poder católico. El resultado es la formación de la Unión Evangélica o Liga Protestante, en 1608, una alianza defensiva de los príncipes y ciudades protestantes, dirigida por el elector palatino, el calvinista Federico V que cuenta con la ayuda de Francia, Inglaterra y Provincias Unidas. La respuesta no se hizo esperar con la formación, en 1609, de la Santa Liga Alemana, en la que los católicos se unen bajo la iniciativa de Maximiliano de Baviera. El enfrentamiento entre ambas formaciones devenía inevitable.



A principios de 1618, Alemania atravesaba por una situación de división religiosa entre catolicismo, luteranismo o calvinismo y de debilidad política debida a la fragmentación en un conglomerado de pequeños electorados, ducados, obispados y ciudades libres semiindependientes sometidas al control del Emperador, al menos de forma teórica, ya que contaban con gran independencia en sus respectivos gobiernos. El máximo teórico dirigente, el Sacro Emperador Romano era elegido por siete electores, a saber, Bohemia, Sajonia, Brandeburgo, Palatinado y los arzobispos de Mainz, Trier y

Colonia. Los numerosos príncipes del Sacro Imperio Romano Germánico estaban reclamando más poder y libertad al haberse reducido considerablemente la autoridad del Emperador, con lo que vieron su alianza con los protestantes como una buena base de apoyo para plantar cara y reivindicar mayores cuotas de autonomía.

DETONANTE

En Bohemia, la actual Chequia, se disfrutaba de una relativa tolerancia a los avances del protestantismo cuando Fernando II de Habsburgo, pariente del rey de España, antiguo alumno de los jesuitas y con firmes convicciones católicas, se enfrentó a los luteranos checos declarando la intolerancia a otras religiones e hizo estallar lo que no estaba sino latente. El arzobispo de Praga realizó acciones contra los protestantes, como ordenar el cierre de dos iglesias e impedir la construcción de otra. Ultrajados por la agresividad de la jerarquía católica, los protestantes, que eran mayoría dentro de la población del reino, recurrieron primero ante los funcionarios y en último término ante el Emperador. Al no ceder los representantes católicos durante las negociaciones, fueron arrojados por la ventana del castillo de Hradcany, lo que supuso una grave afrenta al emperador a pesar de no resultar muertos al ser amortiguada su caída por árboles y arbustos. Este hecho específico, conocido como la “Defenestración de Praga”, desencadenó la contienda. Se depuso a Fernando II como rey de Baviera y se subió al trono en su lugar a Federico V. No contentos con ello, formaron un ejército para atacar a Fernando II que fue repuesto en cargo por sus partidarios. En alianza con España se propuso recuperar Baviera y restablecer el control imperial en toda Alemania, arrollar la reforma protestante y restaurar el catolicismo como única religión posible.



Defenestración de Praga

FASE BOHEMIA-PALATINA (1618-1624)

Fernando II llamó en su ayuda a los príncipes de la Santa Liga y contó con el apoyo del Papa y de Felipe III, rey de España y primo suyo para lanzar sus tropas contra los sublevados, comandadas por Jean T'Serclaes., conde de Tilly. Obtuvo una aplastante victoria en Wiesserberg, cerca de Praga, en la batalla conocida como de la Montaña Blanca. Era el 8 de noviembre de 1620 y con ello los



Retrato de Fernando II
Rubens, Museo del Prado,

protestantes checos se vieron forzados, al menos de momento, a abrazar el catolicismo por la fuerza. Thurn, instigador de la revuelta, y otros veintisiete cabecillas fueron decapitados.

Aunque la Unión Evangélica se disolvió, Federico y algunos de sus aliados continuaron la lucha en el Palatinado consiguiendo derrotar al ejército de Tilly en Wiesloch, en abril de 1622, pero a partir de entonces, sufrieron una serie de sucesivos desastres.

A pesar de disponer de una victoria completa y aplastante, Fernando II desaprovechó la ocasión de pacificar el imperio al intentar imponer la sucesión hereditaria y anular las secularizaciones de bienes eclesiásticos realizadas con anterioridad. Esto provocó la ira de los príncipes alemanes y prolongó el conflicto.

FASE DANESA (1625-1629)

Debilitados por las victorias del emperador, los protestantes alemanes, pidieron ayuda al rey de Dinamarca, Cristian IV, un luterano convencido, que no tenía motivos religiosos para entrar en la lucha, pero si otros de orden geopolítico, como la supremacía sobre Suecia, el control del Báltico y acabar con el dominio de los Habsburgo sobre el ducado danés de Holstein.

Armand-Jean du Plessis, conocido como Richelieu, cardenal católico y artífice de la política francesa desde 1624, animó financieramente las aspiraciones del rey de Dinamarca, que además contó también con apoyo monetario de las Provincias Unidas e Inglaterra. Sus tropas iban comandadas, además de por el mismo Christian IV, por Ernst de Mansfeld y Christian de Brunswick. Fernando II decidió contrarrestar el ataque con la formación de un formidable ejército imperial, nuevamente bajo el mando de Tilly, para lo que contó con la ayuda del noble bohemio Albrecht von Wallestein, duque de Friedland, que reunió unas decenas de miles de

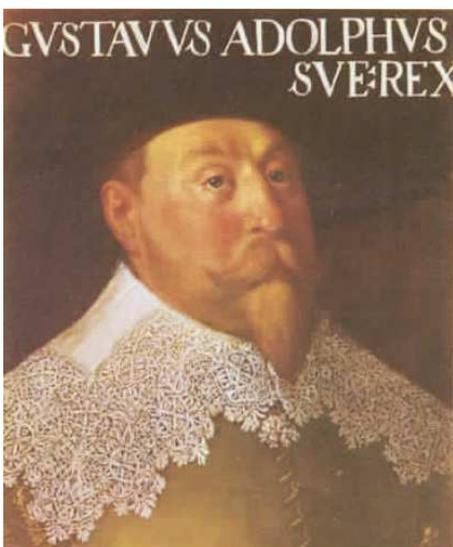


Albrecht von Wallestein. Retrato de Van Dyck

mercenarios y derrotó al ejército danés en la batalla del puente de Dessau, mientras que el general Tilly hizo lo propio en la batalla de Lutter, en 1626. Wallestein mantenía el ejército a sus expensas gracias al pillaje y a los continuos saqueos, aplicando hasta los últimos extremos su teoría: "La guerra se sostiene gracias a la guerra".

Christian IV se fió forzado a firmar la paz en Lübeck el 22 de mayo de 1629 con la devolución de los bienes a la Iglesia que se habían incautado los protestantes y sirviendo esta como un paso más en la decisión firme de Fernando II de imponer su autoridad, hacer hereditaria la corona de los Habsburgo e implantar la religión católica en Alemania y Bohemia.

FASE SUECA (1630-1634)



Gustavo Adolfo de Suecia

El cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII de Francia, mantenía sus sentimientos contrarios al poder de los Habsburgo pero se encontraba ocupado en asuntos internos con el movimiento hugonote francés. Aun así seguía en la sombra sin participar directa y activamente en la contienda pero con poderosas razones de intervenir en ella al encontrarse su territorio en una pinza geográfica de las dinastías de los Habsburgo en España y Alemania. En 1630, obsesionado por conseguir la hegemonía francesa en Europa, Richelieu pone en juego la poderosa economía francesa al ofrecer una ingente cantidad de dinero al Rey Gustavo Adolfo II de Suecia e inducirle a ponerse al lado de los príncipes alemanes derrotados.

Sin una motivación estrictamente religiosa, pero sí con la intención de tomar el control de las riberas del Báltico por encima de la vecina Dinamarca, entró de lleno

en la contienda obteniendo una serie de importantes victorias sobre las tropas del emperador, devastando a su paso aldeas y derruyendo iglesias en Alemania. Los suecos aportaron una serie de innovaciones tácticas como los despliegues rápidos en orden abierto, artillería móvil y poco pesada fabricada en cobre, armamento ligero como las pistolas de tuerca y los mosquetes cortos de carga por cartucho, que les permitieron obtener la victoria en las batallas de Breienfield en 1631 y Lech en 1632, donde Tilly es herido de muerte.

A pesar de la victoria protestante en la batalla de Lützen, en 1632, Gustavo Adolfo encuentra la muerte en combate sin ver cumplidas plenamente sus aspiraciones. En 1634 Wallenstein es asesinado por orden imperial directa, acusado de querer ofrecer los servicios de sus mercenarios al enemigo francés. En 1634 tiene lugar la crucial batalla de Nördlinger, donde las tropas imperiales comandadas por el infante español Fernando de Austria derrotan a Bernardo de Sajonia, lo que fuerza la firma de un nuevo tratado de paz en Praga, en 1635, que pone fin a esta tercera fase de la guerra.

FASE FRANCESA (1635-1648)

La lucha entre las grandes potencias por la supremacía política en Europa no está ni mucho menos concluida, amén del permanente conflicto entre los españoles y los holandeses (Provincias Unidas). Fernando III de Habsburgo quiere pacificar Alemania de una vez por todas y lograr el consenso definitivo entre los príncipes y establece contactos con Suecia y Francia en Münster sin un resultado claro.

La situación favorable obtenida por la Casa de Habsburgo tras la paz de Praga impelió a Richelieu a pasar al enfrentamiento directo, ya sin un trasfondo propiamente religioso. Luis XIII, monarca católico que había expulsado a los protestantes de Francia, sigue insuflando dinero a los comandantes protestantes que forman una confederación con todos los enemigos de los Habsburgo, donde ya se incorporaron activamente las Provincias Unidas y algunos príncipes italianos.

Continúan las hostilidades franco-españolas al favorecerse desde Francia levantamientos de Cataluña y Portugal con el objeto de distraer y mermar la capacidad de reacción de España. En 1636 fueron rechazadas varias invasiones españolas en territorio francés y en 1637 fallece Fernando II de Baviera subiendo al trono como su sucesor Fernando III. La situación de los Habsburgo en Alemania empeoró nuevamente con la derrota asestada por el duque Bernardo en Rheinfelden, el 2 de marzo de 1638. Francia conquista Alsacia, Brisach es tomada en 1639, y Suecia vence en Alemania a imperiales y bávaros.

Al iniciarse la década de 1640 el número de muertos y la devastación causada por la guerra alcanza cotas insostenibles. En Francia muere Richelieu en 1642 y es sustituido por Mazarino, otro cardenal, como regente de un joven Luis XIV, que continúa con la misma política de su antecesor, intensificada aún más si cabe.

Entre 1642 y 1645, el general sueco Lennart Torstensson logró diversas victorias, invadiendo Dinamarca, que se había aliado con el Imperio, y asolando gran parte de Austria y el oeste de Alemania. Si bien al principio sufrieron algunas amargas derrotas, las tropas francesas al mando de Condé obtuvieron una victoria aplastante sobre los tercios españoles en la batalla de Rocroi, en 1643. Los franceses sufrieron una gran derrota en Tuttlingen, Alemania, pero fue la última victoria



El Cardenal Richelieu
Pintado por Philippe de Champaigne

de los Habsburgo en la guerra. Los ejércitos combinados de Condé y Turena vapulearon a un ejército bávaro en Friburgo de Brigosvia, Alemania, en agosto de 1644 y el 3 de agosto de 1645 hicieron lo propio con un ejército formado por austriacos y bávaros en la batalla de Nördlingen.

En los años siguientes se sucedieron las victorias de franceses y suecos sobre el ejército imperial, causando su hundimiento, a pesar de lo cual Fernando III se resistía a claudicar hasta que fue definitivamente derrotado en la batalla de Lens en 1648, no encontrando otra salida que capitular y negociar su rendición.

FIN DE LA GUERRA

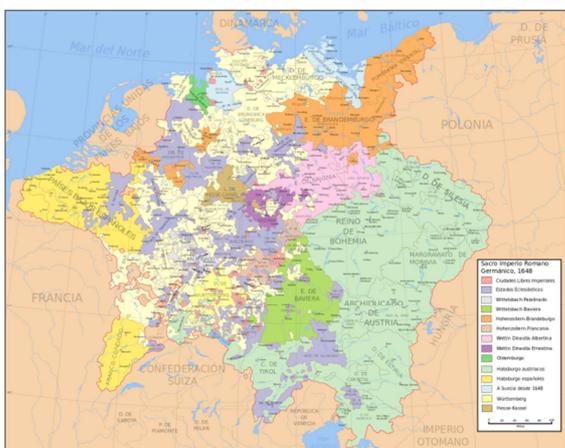
Tratado de Westfalia

Reunidos todos los contendientes en Westfalia, menos España, llegaron a un acuerdo para sellar la paz. En realidad se firmaron dos tratados en 1648: el 15 de mayo en Osnabrück, y el 24 de Octubre en Münster, que supusieron el fin de la guerra, una solución importante y duradera al problema de las religiones y la consecución de la idea de un equilibrio internacional. Los estados alemanes habían triunfado contra el intento absolutista y centralizador del emperador, si bien, se consagró una Alemania parcelada y desunida, con una atomización absolutamente inoperante.



Firma del tratado de Paz de Westfalia

Por los acuerdos firmados, los ciudadanos de las respectivas naciones debían atenerse a las leyes y designios de sus respectivos gobiernos en lugar de a las leyes y designios de los poderes vecinos, ya fuesen religiosos o seculares. Esta certidumbre contrastaba mucho con los tiempos precedentes, en los que el solapamiento de lealtades políticas y religiosas era un acontecimiento común. Con ello se establece la secularización de la política.



Mapa del Sacro Imperio Romano Germánico en 1648 a la finalización de la Guerra de los Treinta Años.



Mapa de Europa en 1648 a la finalización de la Guerra de los Treinta Años.

CONSECUENCIAS

La Guerra de los Treinta Años supuso una profunda reestructuración política y territorial de Europa. En el terreno religioso marca el fin de las contiendas por esta causa hasta nuestros días, pasando la religión a ser un asunto privado, alejado de la moral y sobre todo de la política. El Papado resultó grandemente perjudicado, perdiendo su poder de intromisión en los asuntos políticos de los gobiernos.

En los aspectos sociales, la guerra produjo una devastación de territorios enteros que fueron esquilmos y reducidos a cenizas por los ejércitos necesitados de suministros, utilizando una brutalidad sin precedentes con la sociedad civil. Los continuos episodios de hambrunas y enfermedades, como la peste, diezmaron la población, perdiéndose muchísimas vidas humanas de forma que, en el caso de Alemania, su población quedó reducida a la tercera parte. Los que lograron sobrevivir quedaron marcados con una huella indeleble. En el terreno económico, todas las potencias implicadas llegaron a la bancarrota en mayor o menor medida tras el enorme esfuerzo de sus economías en costear los ejércitos, no olvidemos que compuestos por mercenarios, y sus necesidades.

En lo que pudiera denominarse Derecho Internacional, el acuerdo supuso profundas modificaciones en sus bases, con cambios importantes tendentes a lograr un equilibrio europeo que impidiera a unos estados imponerse a otros por la fuerza. Se aceptaba el principio de soberanía territorial, el principio de no injerencia en asuntos internos y el trato de igualdad entre los Estados independientemente de su tamaño o fuerza.

El tratado debilitó gravemente al Sacro Imperio y a los Habsburgo y retrasó la unificación política de los estados alemanes, que continuaron su fragmentación y falta de unidad. La actividad económica decayó en todos los estados alemanes. La incertidumbre, el miedo, el caos y la brutalidad marcaron la vida diaria y permanecieron en la memoria colectiva alemana durante siglos. Los príncipes alemanes crecieron en autonomía y poder acabando con los sueños imperiales de Fernando III y de los Habsburgo en Alemania. Las aspiraciones hegemónicas del Emperador quedaron abortadas y con ellas la preponderancia española en Europa, cediendo la hegemonía a Francia, verdadera y real ganadora en esta confrontación, que vio coronada su participación con diversos territorios y la consolidación de sus aspiraciones de romper el cerco de los Habsburgo, amén de convertirse en el árbitro de las políticas europeas. Suiza y las Provincias Unidas, Países Bajos, obtuvieron su independencia y Suecia a su vez obtuvo reconocimiento internacional y algunos territorios.

A pesar el tratado, España y Francia continuaron sus escaramuzas. Al principio las tropas españolas invadieron Francia y obtuvieron algunas victorias, pero los franceses, con ayuda inglesa, lograron rechazar la invasión derrotando definitivamente al ejército español en 1658. El 7 de noviembre de 1659, once años después de acabada oficialmente la Guerra de los Treinta Años, se firma la PAZ de los PIRINEOS, en la que España cedió a Francia el Rosellón, la Cerdaña, Artois y algunas plazas flamencas, además de aceptar la presencia francesa en Alsacia.

Con todo ello queda establecido un cierto orden que perdurará durante años, hasta las conocidas como Guerras Napoleónicas en los inicios del siglo XIX.

Bibliografía

- García Hernán, David, *Historia Universal, XXI capítulos fundamentales*, Editorial Sílex.
- Parker, Geoffrey, *La Guerra de los Treinta Años*, Editorial Antonio Machado, Madrid, 2ª edición.
- Martín Gomez, P.-*El ejército español en la guerra de los treinta años: 1618-1648*, Madrid, 2006.
- Santacana Mestre, Joan y Zaragoza Ruvira, Gonzalo, *Atlas Histórico*, Ediciones SM.
- Ingpen, Robert y Wilkinson, Philipp, *Enciclopedia de los Grandes Acontecimientos de la Historia*, Editorial Anaya, 1993.
- Ribot, Luis (Coord.), *Historia del Mundo Moderno*, Editorial Actas, 2006
- Grimberg, Carl, *Historia Universal*.
- Cantú, César, *Compendio de la Historia Universal*.
- *Historia Universal, Instituto Gallach*, Tomo VI Siglo XVII págs. 2412 a 2418
- Película *El último valle*, R.U. y EE.UU., 1970, dirigida por J. Clavell, 129 minutos.
- Internet, consultadas numerosas páginas, mapas y Wikipedia.

